

Canisio y los suyos eran a quienes él debía la mudanza en su dirección religiosa, aun por eso solo se comprende por qué la posteridad católica agradecida decoró a Canisio con el título de apóstol de Alemania. Ganando a Baviera, ejerció por medio de ella una influencia que se extendió mucho más allá de sus fronteras, mayormente porque después de la muerte de Alberto V (24 de octubre de 1579) continuó viviendo en Baviera la dirección de su espíritu.

Guillermo V hijo y sucesor de Alberto V con su profunda piedad interior dió todavía mayores muestras de ser el amparo y apoyo de la renovación de la religión católica (1). Ya antes de su advenimiento al trono, causó admiración y produjo impresión el que el joven príncipe, en 1576, para ganar la indulgencia del jubileo pontificio, durante quince días visitase diariamente cuatro iglesias junto con su esposa Renata de Lorena, partícipe de sus mismos sentimientos, diese de comer durante varias semanas en días determinados a cierto número de pobres, sirviéndoles la comida con sus propias manos, y además enviase ricos donativos a Loreto y a los santuarios de Roma (2). A los sermones cuaresmales que predicó el jesuita Schorich en Landshut en 1569, asistió diariamente con toda su corte y no permitió que en el templo los pobres dejasen sus asientos por causa de él, pues como decía, eran lo mismo que él criaturas de Dios. También otras veces ya entonces tenía parte con mucho fervor en las públicas prácticas religiosas y visitaba a los enfermos en los hospitales. Toda la ciudad estaba edificada de ello, «pues hasta entonces no habían visto cosa semejante en ningún duque de Baviera» (3). Las peregrinaciones, así como la comunión frecuente, que era considerada casi como superstición, volvieron a tomar aumento por el ejemplo de Guillermo y Renata, la vida de cristiana piedad floreció de nuevo en tal grado, que se designaba a Munich como la Roma alemana (4). Su espléndida y casi pródiga beneficencia la empleó también Guillermo principalmente en favorecer a los jesuitas; en Munich les edificó la gran-

(1) Para conocer su carácter distintivo cf. las noticias publicadas por Stieve, Política, I, 407-438; Riezler, IV, 626-632; sobre su religiosidad v. especialmente Brunner, Excubiae tutelares, 561-604; F. X. Kropf, Historia provinciae S. J. Germaniae superioris P. 4 dec IX, núm. 377-403.

(2) Brunner, loco cit., 565. Duhr, I, 170.

(3) Schorich en Duhr, I, 710.

(4) Brunner, loco cit., 563 s. Sobre las solemnidades religiosas celebradas al subir al trono Guillermo v. ibid., 566.

diosa iglesia de San Miguel con un hermoso colegio (1); obra suya son las casas de la Orden en Ratisbona y Altötting (2); él consiguió que las abadías de Biburgo y Ebersberg fueran cedidas a los jesuitas (3), y como «padre de los niños pobres que estudian», sostuvo sus convitorios de pobres de Munich e Ingolstadio (4). Su vida privada estaba enteramente dirigida por los jesuitas, que con todo no ejercían dominio sobre su política (5). A los treinta y nueve años, en 1597, renunció al gobierno entre otras razones para poderse dedicar con más solicitud a la salvación de su alma, y lo que se refiere sobre su fervor en la oración, sobre el rigor de sus penitencias durante los veintinueve años que todavía vivió, se lee como un capítulo de la vida de un santo (6). De él (7) como de su esposa Renata (8) se decía que nunca habían cometido un pecado mortal. No obstante juzgaba Guillermo al fin de su vida, que no había hecho nada que mereciese el cielo (9). De su constante esfuerzo por alcanzar la perfección da testimonio su divisa: Agnosce, dole, emenda (10).

Que de Guillermo V no se podían esperar concesiones religiosas a los herejes, mostróse en los primeros días de su reinado. Una petición de la comunión bajo las dos especies que por entonces llegó a él debajo mano de la Baviera inferior, negóse a otorgarla, haciendo observar que nunca accedería a ella (11). De su primera dieta se temieron pasos en favor de las nuevas doctrinas, pero Guillermo manifestó que en todo lo esencial «pondría la cabeza», «sucédame por ello lo que quiera» (12). Cuando al fin de la dieta fueron elegidos entre los diputados de la misma dos herejes, no

(1) Duhr, I, 185 s., 625 s. Cf. Hojas hist.-polít., XVIII (1846), 440-443; sobre los gastos ibid., XI (1843), 682-687; José Braun, Las construcciones de iglesias de los jesuitas alemanes, II, Friburgo, 1910, 49-95.

(2) Duhr, I, 206 s., 396 s.

(3) Ibid., 376, 400.

(4) Ibid., 297, 316 s.

(5) Stieve, loco cit., 417. «Las consultas que el duque hacía a los jesuitas, se dirigían... sin duda sólo a averiguar si en las resoluciones que intentaba tomar, había pecado.»

(6) Brunner, loco cit. Kropf, loco cit., especialmente núm. 396, 403.

(7) Ibid., núm. 395.

(8) Brunner, loco cit., 595.

(9) Kropf, loco cit., núm. 405.

(10) Brunner, loco cit., 561. Riezler, IV, 629.

(11) Ninguarda a Galli en 5 de diciembre de 1579, en Theiner, III, 654.

(12) Aretin, Maximiliano I, 235.

descansó hasta que fueron éstos sustituidos por dos católicos. «Quisiera Dios, escribió entonces Fernando del Tirol a Guillermo V, que el emperador y el archiduque Carlos hubieran tiempo atrás hecho lo mismo; no se habría extendido tanto en sus territorios la herejía.» (1) Las ordenaciones de Alberto V contra la asistencia al culto protestante en sitios extranjeros y sobre el destierro de los novadores fueron renovadas (2).

Cuando desde Hohenwaldeck procuraba el protestantismo penetrar en el corregimiento bávaro de Aibling, se notificó en 1582 al poseedor del señorío, Wolf Dietrich de Maxlrain, que se revocaba el convenio en virtud del cual Baviera renunció a sus pretensiones sobre Waldeck, pero quedando prohibida en el territorio del señorío aun cualquier mudanza de religión. Ya antes el duque había hecho prender a algunos párrocos sospechosos en las cercanías de Waldeck y a los directores del movimiento protestante allí producido, y mandado en 1581, o volver a la antigua religión, o emigrar. Los más obstinados se acomodaron a lo último. Por diligencias de Guillermo V el obispo de Frisinga fulminó luego en 1583 la excomunión contra los protestantes de Waldeck, en vista de lo cual el duque cerró con tropas la pequeña comarca a todo comercio exterior. Como en Waldeck apenas se cultivaban cereales, los moradores se hubieron de rendir a poco. Ya en mayo se hace relación de peregrinaciones de trescientos treinta habitantes de Waldeck a Tuntenhäusen. Aun la familia de los de Maxlrain volvió a la antigua fe (3). Principalmente contra los anabaptistas, con cuyos principios era incompatible una ordenada vida civil, procedió Guillermo V con la severidad que generalmente era propia de la legislación de entonces. Desde Moravia habían venido emisarios que debían procurar la adhesión a la secta y la emigración a Moravia. Un éxito notable de estos mensajeros —los cuales en el año 1586 persuadieron la emigración a unas seiscientas personas— no cae ya en el reinado de Gregorio XIII. En el año 1587 se efectuó también la ejecución de un anabaptista, a la que más tarde siguieron todavía algunas otras en el territorio de la abadía de Kempten (4).

También para robustecer la vida eclesiástica en su país, hizo Guillermo V cuanto estuvo en su mano con su ejemplo, con su solicitud por el esplendor del culto divino (5) y con algunas de sus ordenaciones. Luego después de haberse hecho cargo del gobierno, manifestó la resolución de reformar su corte (6); velaba porque todos los miembros

(1) *Ibid.*, 236.

(2) Riezler, IV, 634.

(3) Riezler, IV, 634-636.

(4) *Ibid.*, 636 s.

(5) Stieve, Política, I, 415.

(6) Ninguarda a Galli en 5 de diciembre de 1579, en Theiner, III, 653.

de ella cumpliesen sus deberes religiosos, de manera que se llamaba por chanza a la corte de Munich un convento (1). El clero procuró levantarlo principalmente con la fundación o sostén de los establecimientos que tenían por incumbencia la formación de sacerdotes hábiles (2).

Juntamente el celo religioso de Guillermo V se limitaba aún menos que el de su padre a las fronteras de Baviera. El secretario de negocios alemanes en Roma, Minucci, le escribía en 1593, que era opinión común que todos los asuntos que tocaban a la religión católica, eran por el mismo caso blanco especial de los desvelos de Guillermo (3). En las dietas, con el archiduque del Austria interior, con el obispo de Wurzburg, el margrave de Baden y el príncipe elector de Sajonia hizo valer la autoridad de su palabra para despertar su celo religioso o atraerlos a la antigua Iglesia; en las elecciones episcopales de Eichstätt, Augsburgo y Colonia interpuso su influencia. Ciertamente se le puede echar en cara, que trabajó demasiado para poner a sus hijos y hermanos en sedes episcopales; pero no se puede negar que no había ningún medio mejor para impedir que tantos obispados fuesen a parar a manos de los herejes, como el que se proveyesen en un miembro de la casa ducal de Baviera.

### III

Como ante todo en Baviera, así también en el Tirol poseía aún la antigua Iglesia un firme apoyo. El archiduque de este país, Fernando II, hablando con un enviado de Brixen, hizo en 1480 la siguiente declaración: Has de saber que yo soy un príncipe católico y lo seré siempre con la ayuda de Dios; tampoco podría Dios darme mayor castigo que el dejarme apostatar de la fe católica. Por eso puedes indicar a los señores de Brixen, que cuando necesiten de mi ayuda para el sostenimiento de la religión católica, no dejen de pedírmela; entonces estoy resuelto a defender la Iglesia con todas mis fuerzas, aunque me haya de costar la vida (4).

Cuando el archiduque tomó el gobierno del Tirol, las cosas de la religión estaban hondamente decaídas, a pesar de todas las ordenaciones religiosas de su padre, el emperador Fernando I. Apenas la centésima parte, se dice en relaciones contemporáneas del reinado del emperador y de su hijo, va a la iglesia los domingos, muchos ni siquiera saben el padrenuestro, las maldiciones y blas-

(1) Stieve, loco cit., 416.

(2) V. arriba, p. 22.

(3) Stieve, loco cit., 44.

(4) Hirn, I, 162.

femias son generales, los asesinatos y robos no raros. Cargas enteras de libros heréticos llegaban al país; los tirolese que habían servido como mercenarios en países extranjeros, llevaban consigo a su patria las nuevas doctrinas (1); principalmente los mineros eran conducidos a ellas en masa por su dependencia de dueños de minas herejes de países extranjeros (2). Fuera de esto faltaban sacerdotes católicos, y los pocos que había, no tenían formación suficiente y padecían los mismos defectos que también en otras partes hacían imposible de antemano a los eclesiásticos una provechosa actividad (3). La diócesis de Brixen estaba mal en 1566: el obispo se hallaba constantemente ausente, su vicario no tenía la ordenación sacerdotal y el obispo auxiliar no sabía el alemán (4). De los dieciocho canónigos de Trento en 1565 la mitad no decía nunca misa, y en la visita pastoral de 1577 ninguno de los cinco canónigos presentes habían recibido las sagradas órdenes (5). Con todo los eclesiásticos de categoría superior y en general también la nobleza permanecían fieles a la Iglesia (6). El archiduque Fernando procuró poner fin a este estado de cosas (7). Ya en los primeros años de su reinado numerosas ordenaciones inculcaron la observancia de los preceptos de la Iglesia, como el precepto del ayuno (8), la asistencia al culto divino (9) y la santificación de los domingos y días festivos (10). Pero principalmente instó el gobierno a que por lo menos una vez al año se recibiesen los sacramentos de la penitencia y del altar, porque el alejamiento de la confesión y comunión había de considerarse como la más cierta señal de sentimientos heréticos. Si la enseñanza y exhortación respecto a esto no producían el efecto deseado, seguía para los plebeyos y labriegos la amenaza de destierro (11). Demás de esto se persiguieron los libros heréticos (12) y se inspeccionó la venta de impresos (13). Los

- (1) Ibid., 74 ss.
- (2) Ibid., 142 s., 197 s.
- (3) Ibid., 87 s.
- (4) Ibid., 79.
- (5) Ibid.
- (6) Ibid., 134, 138.
- (7) Ordenación de 16 de septiembre de 1566, *ibid.*, 167.
- (8) Ibid., 169.
- (9) Ibid., 173.
- (10) Ibid., 175.
- (11) Hirn, I, 176 ss.
- (12) Ibid., 182.
- (13) Ibid., 192.

funcionarios habían de jurar fidelidad a la Iglesia, y por cierto expresamente a la Iglesia romana (1). Se prohibió ir a cursar en universidades extranjeras, señaladamente en las heréticas (2).

La ejecución de estas ordenaciones no se puede en general calificar de rigurosa. Contra los mineros herejes, que tomaban con mucho empeño la propaganda de sus opiniones, y disputaban sobre ellas en las posadas hasta con los puños, el gobierno procedía ordinariamente, en cuanto que instaba a los dueños de las minas a que los alejasen, lo cual sin embargo apenas fué ejecutado nunca (3). Absolutamente jamás se llegó a destierros en masa; a la amenaza de expulsión seguía las más veces una ampliación de plazo; no obstante los casos de haber tenido que salir de su patria herejes contumaces, pueden llegar a algunos centenares (4). Ya el 26 de julio de 1572 Gregorio XIII alabó al archiduque del Tirol por su celo de la fe (5), y cuando en 1577 elevó al cardenalato al hijo de Fernando, Andrés, le dijo que aquella elevación tenía por causa los méritos de su padre, «pues es un valiente brazo de nuestra fe» (6).

El Tirol católico poseía entonces un varón eminente en el franciscano Juan Nas (7), natural de Franconia, de Eltman junto al Main. Era un convertido; desde oficial de sastre y hermano lego en su Orden ascendió a la dignidad de sacerdote, y como tal después de trabajar al principio en Baviera, consagró desde 1571 sus muchas aptitudes al país tirolés, como predicador de la catedral de Brixen (8), comisario general de todos los conventos franciscanos (9) y finalmente como obispo auxiliar de Brixen.

Nas era un maestro de la palabra, generalmente amado como predicador popular y temido de los herejes por sus escritos polémicos

(1) Ibid., 194.

(2) Ibid., 203.

(3) Ibid., 197.

(4) Ibid., 199 ss.

(5) Theiner, I, 35.

(6) Hirn, II, 378.

(7) Memoria autógrafa de Nas sobre los datos principales de su vida hasta 1580, editada por Zingerle en la Revista de filología alemana, XVIII (1886), 488-490. Juan Baut. Schöpf, Juan Nas, franciscano y obispo auxiliar de Brixen, 1534-1590 (Programa del gimnasio imp. y real de Bozen), Bozen, 1860. Hirn, I, 250-262, 264. G. Schneider en el Archivo para la Baja Franconia, XVI, 1 (1863), 179 ss. Janssen-Pastor, V<sup>15-16</sup>, 401.

(8) Sinnacher, 581 s., cf. 585 s.

(9) Breve de nombramiento de 4 de julio de 1578, publicado por Straganz en las Investigaciones y comunicaciones para la historia del Tirol, V (1908), 307; Schöpf, 45.

frecuentemente editados y muy leídos, que dan testimonio de su vigoroso estilo, pero ciertamente también están redactados en el tono acre, mordaz y a veces bajo que fué introducido por los predicantes herejes (1). En 1563 su elocuencia consiguió en Ingolstadio el cierre del burdel, y en 1566 en Straubing la vuelta de la ciudad a la antigua fe (2).

El antiguo oficial de sastre tuvo en 1568 los sermones de cuaresma en Munich en presencia de Alberto V; en Innsbruck en 1573 agradó de tal suerte al archiduque, que también al año siguiente hubo de predicar ante la corte; en 1576 se le envía al Pustertal para contrarrestar inclinaciones heréticas, pues juzga el gobierno, que «para tal clase de gente poseía una gracia especial», y también el archiduque le atestigua en 1585, que había afirmado de nuevo a no pocos que vacilaban en la fe (3); en 1577 y 1578 tiene los sermones cuaresmales de Augsburgo, a veces ante cuatro mil o cinco mil oyentes (4). «Como todos conceden, escribe el nuncio Portia (5), predica con suma elocuencia en alemán, muestra mucho celo, trabaja increíblemente en constantes sermones y escribiendo contra los herejes... Es muy bienquisto del duque de Baviera, que está poco contento de que el archiduque lo haya ganado para sí, y goza también con éste de gran favor.» «Lleva, dice otra vez Portia (6), una vida buena, tiene ardiente amor al estudio, aunque no profunda erudición, es elocuente, laborioso, querido de los príncipes y trabaja con no pequeño fruto. Y como además no pretende honores ni riquezas, ama la soledad y el retiro, es fácilmente creíble que no rehuya fatiga alguna por amor de Dios y por la gloria divina.»

No se debe con todo pasar en silencio, que Nas poseía también en alto grado las faltas de sus virtudes. Era de carácter enérgico, pero áspero y duro, sincero y franco, pero también falto de miramiento, firme y decidido, pero también obstinadamente pertinaz en las opiniones una vez formadas. Hombre de genio bronco e impetuoso (7) le llama el nuncio Portia, a quien le había tocado la incumbencia de dirimir su contienda con los jesuitas; pues con escándalo del pueblo Nas los había perseguido en Innsbruck en público sermón con acusaciones que eran evidentemente injustas y en ningún caso se debían llevar al púlpito (8). Portia atribuye a la moderación de los jesuitas el que la

(1) El mismo disculpa las «invektivas y chistes bajos» de estos escritos. Schöpf, loco cit., 11.

(2) Ibid., 11, 15.

(3) Hirn, I, 256, 262, nota 4.

(4) Ibid., 256, nota 3. Shöpf, 44.

(5) en 28 de julio de 1573, Relaciones de nunciatura, III, 47 s.

(6) Ibid., 50.

(7) La natura dell'huomo et rozza et rotta (a Galli en 28 de julio de 1573, Relaciones de nunciatura, III, 47). Huomo di natura molto rozza et spirito indomito (a Galli en 24 de febrero de 1574, ibid., 358).

(8) Cf. la carta que para justificarse escribió Nas a un eclesiástico de Brixen (Melchor de Fabri) en 30 de enero de 1573, en Julio Yung, Para la historia de la contrarreforma en el Tirol, Innsbruck, 1874, 11-24. El original de la

contienda no tomase mayor extensión (1); pero con Nas fueron inútiles todas las representaciones, hasta que el nuncio declaró finalmente al archiduque, que instaría al Papa a que le prohibiese la predicación. Pero ahora Nas en sus sermones pasó a otras cosas todavía más peligrosas, habló contra los que daban demasiada importancia a las buenas obras, y afirmó sin limitación explicativa, que era mejor oír el sermón que la misa. Muchos juzgaban que los superiores de su Orden le debían mandar ir a otra parte; que para no ofender al príncipe, que le quería mucho, se podría hacer esto con algún pretexto (2). Pudo tener relación con las impugnaciones de Nas el que el archiduque por algún tiempo retirase su favor a los jesuitas (3). Por lo demás también Nas cayó presto de la estimación de Fernando II (4), y desde 1576 los jesuitas volvieron a gozar de su gracia (5).

Sentímonos movidos a excusar los yerros pasajeros del impetuoso celador, al ver que en una especie de disposición testamentaria del año 1583, al final pide «a todo el que profese la fe católica», que le perdone y ruegue por él, y también él promete rogar y perdonar (6). Sólo los herejes y pecadores desesperados deben ser exceptuados de esto; respecto de ellos nada tiene que retractar de todo lo que ha dicho y escrito contra ellos.

Este epílogo de su vida es muy significativo en aquel incansable luchador. Quebrantado por su ardor en el trabajo, murió en Innsbruck en 1590, no habiendo cumplido aún los cincuenta y siete años. El archiduque Fernando II le erigió un monumento en la iglesia de la corte. En la historia de la reforma católica del Tirol tendrá siempre su sitio.

#### IV

A causa de la favorable disposición de los príncipes soberanos de Baviera y del Tirol era obvio para Gregorio XIII intentar la carta se halla en el convento de los franciscanos de Hall. Hasta su nombre de Compañía de Jesús les reprochó Nas a los jesuitas a principios de 1574. \*Initium et progressus Collegii Societatis Iesu Oenipontani, p. 11, *Archivo del colegio de los jesuitas de Innsbruck*.

(1) Relaciones de nunciatura, III, 47.

(2) Relaciones de nunciatura, III, 358 s.

(3) Hirn, I, 243. Tantam concepit offensionem, ut multa eius aperta indicia non verbis modo, verum reipsa ostenderit (\*Initium et progressus, 12 ss.). Cuando Fernando en 1575 quiso nombrar gobernador a Schweikard, conde de Helfenstein, inter ceteras condiciones hanc addi voluit, ne deinceps Iesuitis tam familiariter uteretur. Helfenstein se negó a ello, cayó en desgracia y abandonó el Tirol (ibid., 15 s.). Helfenstein habíase convertido en 1565 (ibid.); sobre esto es inexacto Hirn, I, 240, nota 1.

(4) Portia a Galli en 8 de mayo de 1574, Relaciones de nunciatura, IV, 47.

(5) Una enumeración de favores a ellos concedidos en 1576-1583 puede verse en \*Initium et progressus, 23, 24, 26, 29, 32, 34, 36. Siguió con todo subsistiendo cierta desconfianza. Hirn, I, 245 s.

(6) Schöpf, 48.

renovación religiosa en Alemania en primer lugar en aquella provincia eclesiástica cuyos límites, además de varios territorios del emperador así como del archiduque Carlos, y los obispados de Passau, Ratisbona, Brixen y Frisinga, incluían también a Baviera y el Tirol; esto es, en la provincia eclesiástica de Salzburgo. Ya San Pío V había concebido este pensamiento. Luego al principio de su pontificado meditó y deliberó mucho sobre la reducción de Alemania a la antigua fe; pareciéndole el mejor medio para esto la celebración de sínodos provinciales en toda Alemania. «A causa de las cualidades personales del prelado de Salzburgo—éralo Juan Jacobo Khuen de Belasy,— y a causa de la grande extensión de su provincia eclesiástica, que estaba contigua a tantos países vecinos y era todavía católica en su mayor parte», se debía comenzar precisamente por Salzburgo; los otros obispos alemanes seguirían luego el ejemplo del arzobispo de Salzburgo (1).

El instrumento de San Pío V para la ejecución de este plan fué el dominico Feliciano Ninguarda, natural de la Valtelina, de Morbegno, el cual moraba en suelo alemán desde 1554, como vicario general de su Orden y profesor de Teología en Viena, desde 1559 trabajaba al servicio de la sede arzobispal de Salzburgo (2) y pertenecía al número de los más ardorosos y decididos promotores de la reforma eclesiástica; su influjo con el arzobispo en este respecto «no se podrá nunca apreciar bastantemente» (3). Todavía antes del decreto tridentino sobre los seminarios instaba él la fundación de semejantes establecimientos en Salzburgo y Passau; en el concilio de Trento fué con el obispo de Lavant representante del arzobispo (4) y cosechó la alabanza de los presidentes del concilio (5).

En 1566 Pío V llamó a Roma al dominico celoso de la refor-

(1) Ninguarda a Galli en 24 de febrero de 1573, en Theiner, I, 107.

(2) Schellhass, Documentos, I, 40, III, 40.

(3) Juicio de Schellhass, *ibid.*, I, 42.

(4) En 26 de mayo de 1562 son admitidos como representantes. Theiner, Conc. Trid., I, 720. Raynal, 1562, núm. 47. Le Plat, V, 171-174. Ninguarda sobre las dificultades de sustraer el cáliz a los de Salzburgo, 9 de septiembre de 1562, *ibid.*, 489 s. Cf. la carta de Fickler, de 4 de junio de 1563, *ibid.*, VI, 96. Sobre la precedencia de Salzburgo *ibid.*, 3 s., 87, 92.

(5) Cf. en la *Assertio fidei* de Ninguarda (Venecia, 1563) el permiso de los cuatro presidentes del concilio de Trento para imprimir el libro. Conforme a lo que se dice en el prólogo, fechado a 19 de febrero de 1561, escribió la *Assertio* a instancias del arzobispo de Salzburgo, Miguel Khuen († 1560).

ma; escuchó sus consejos y en vista de ellos le hizo volverse a Salzburgo, provisto de los necesarios breves pontificios, para que en nombre del Papa promoviese con todas sus fuerzas el sínodo provincial (1), que se celebró con efecto en 1569 (2). Ninguarda había conseguido su convocación; redactó los decretos sinodales, movió a los obispos congregados a que pidiesen la confirmación pontificia de sus resoluciones (3), y luego se partió para Roma a fin de alcanzar de San Pío V dicha confirmación. Una enfermedad y después el haberse declarado la peste en Salzburgo impidieron por largo tiempo su vuelta (4); luego murió el Papa, y por la gran dilación comenzaron ya algunos a temer que con San Pío V quedase también enterrado el sínodo de Salzburgo (5). Con todo Gregorio XIII otorgó la confirmación del mismo, al igual que su predecesor; asimismo aprobó un ritual que Ninguarda había redactado para la provincia eclesiástica de Salzburgo por encargo de los obispos (6). Catorce breves, que Ninguarda llevó consigo a Alemania, debían prepararle el camino para la ejecución del sínodo de 1569; iban dirigidos a los cinco obispos y a los cinco cabildos de la provincia eclesiástica de Salzburgo, así como a los cuatro príncipes seculares a cuyos dominios se extendía la provincia (7).

A principios de diciembre de 1572 Ninguarda llegó a Brixen y luego se encaminó a Innsbruck para visitar al archiduque y a Salzburgo. En todas partes recomendó la ejecución del sínodo provincial; el mejor medio para ello era según él celebrar un

(1) Theiner, I, 107. Una \*carta de Commendone, de 26 de septiembre de 1568, a Ninguarda residente en Salzburgo, se halla en el *Museo Británico de Londres*, Cód. Egerton 1078, p. 150<sup>b</sup> (según una bondadosa comunicación del profesor Dengel).

(2) Está impreso en Dalham, 348-556. El discurso de Ninguarda para la apertura del sínodo, *ibid.*, 349-354; la súplica al Papa para que lo confirmase, *ibid.*, 547; la lista de los asistentes, *ibid.*, 548; Wiedemann, I, 258 ss. Una relación de Ninguarda para Commendone sobre el sínodo, de 31 de julio de 1569, puede verse en A. 64, t. XI, núm. 129, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Schellhass, loco cit., 43.

(4) *Ibid.*, 44 s.

(5) Así Fernando del Tirol; v. Relaciones de nunciatura, III, 43.

(6) Schellhass, Documentos, I, 45. El sínodo fué examinado por los cardenales Commendone, Alciati y Morone (Theiner, I, 107). Sobre las modificaciones que hicieron en el texto de los decretos cf. Relaciones de nunciatura, III, 130 s., 422 ss.; Wiedemann, I, 261.

(7) Schellhass, loco cit. El breve para el prelado de Salzburgo, de 28 de junio de 1572, puede verse en Dalham, 557.